

**«PROSIGO MI CARRERA PARA ALCANZARLO»**  
**Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación**  
**Rímimi, 4 abril 2014**

*Apuntes de la Introducción de Julián Carrón*

«Prosigo mi carrera por alcanzarlo»<sup>1</sup>. ¿A quién de nosotros no le gustaría estar aquí esta noche con el mismo rostro, completamente expectante, en tensión, lleno de deseo, de asombro, que tenían Pedro y Juan camino del sepulcro la mañana de Pascua?<sup>2</sup> ¿Quién de nosotros no desearía estar aquí con la misma tensión por buscar a Cristo que vemos en sus rostros? ¿Estar aquí con el corazón lleno de la espera de encontrarse de nuevo con Él, de verle de nuevo, de sentirse atraídos, fascinados como el primer día? ¿Quién no espera que pueda suceder verdaderamente algo así?

Al igual que a ellos, a nosotros también nos cuesta dar crédito al anuncio de las mujeres. Nos cuesta reconocer el hecho más impresionante de la historia, hacerle hueco dentro de nosotros, hospedarlo en el corazón para que nos transforme. También nosotros, como ellos, sentimos la necesidad de ser aferrados de nuevo para que se despierte en nosotros la nostalgia de Cristo.

Pidámosle juntos al Espíritu Santo que despierte en cada uno de nosotros la espera de Él, el deseo de Él.

*Desciende Santo Espíritu*

¡Bienvenidos!

Os saludo a cada uno de los aquí presentes. Saludo también a todos los que están conectados con nosotros desde distintos países, y a todos aquellos que harán los Ejercicios en diferido en las próximas semanas.

Dos hechos han marcado nuestro camino juntos en los últimos meses: la Jornada de apertura de curso y mi audiencia con el papa Francisco.

En la Jornada de apertura de curso planteamos dos preguntas: «¿Cómo se puede vivir? ¿Cuál es nuestra tarea en el mundo?». Al plantearnos estas preguntas, en aquel momento vimos que lo que más necesitamos es ser cada vez más una presencia original, no reactiva. Don Giussani nos recordaba: «Una presencia es original cuando brota y encuentra su consistencia en una identidad consciente y en el afecto a ella»<sup>3</sup>.

Desde entonces han pasado muchos meses, y nos hemos visto desafiados por muchos acontecimientos. ¿Qué ha sucedido ante las provocaciones que la realidad no nos ha ahorrado? Estos días son una ocasión preciosa para ver cómo hemos verificado la propuesta que se nos hizo al comenzar el curso. El impacto de estos desafíos, ¿ha hecho emerger nuestra originalidad? ¿Hemos verificado nuestra consistencia, o bien nos

---

<sup>1</sup> Flp 3, 12.

<sup>2</sup> Véase el cuadro de Eugène Burnand (1850-1921): *Los discípulos Pedro y Juan corren al sepulcro la mañana de Resurrección*. Óleo sobre tela, 1898, Musée d'Orsay, París.

<sup>3</sup> L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 58.

hemos dejado arrastrar por la mentalidad de todos, sin conseguir ir más allá de una posición reactiva?

La audiencia con el papa Francisco, cuyo contenido retomé en la carta que dirigí a continuación a la Fraternidad, ha puesto de manifiesto desde el primer instante lo que el Santo Padre lleva en el corazón como pastor de toda la Iglesia. No me parece superfluo volver a ello al comienzo de nuestros Ejercicios.

¿Qué es lo que el Papa lleva en el corazón? Nos lo ha dicho con su estilo sintético: la nueva evangelización, la urgencia de «despertar en el corazón y en la mente de nuestros contemporáneos la vida de la fe. La fe es un don de Dios, pero es importante que nosotros, cristianos, mostremos que vivimos de modo concreto la fe, a través del amor, la concordia, la alegría, el sufrimiento, porque esto suscita interrogantes, como al inicio del camino de la Iglesia: ¿por qué viven así? ¿Qué es lo que les impulsa? [...] [El] corazón de la evangelización [...] es el *testimonio* de la fe y de la caridad. Lo que necesitamos, especialmente en estos tiempos, son testigos creíbles que con la vida y también con las palabras hagan visible el Evangelio, despierten la atracción por Jesucristo, por la belleza de Dios. [...] Se necesitan cristianos que hagan visible a los hombres de hoy la misericordia de Dios, su ternura hacia cada criatura»<sup>4</sup>.

Lo que le urge al Papa es, por tanto, la misión. «La nueva evangelización es un movimiento renovado hacia quien ha perdido la fe y el sentido profundo de la vida. Este dinamismo forma parte de la gran misión de Cristo de traer vida al mundo, el amor del Padre a la humanidad. El Hijo de Dios “salió” de su condición divina y vino a nuestro encuentro. La Iglesia está dentro de este movimiento, cada cristiano está llamado a ir al encuentro de los demás, a dialogar con quienes no piensan como nosotros, con quienes tienen otra fe, o no tienen fe. Encontrar a todos, porque todos tenemos en común el ser creados a imagen y semejanza de Dios. Podemos ir al encuentro de todos, sin miedo y sin renunciar a nuestra pertenencia»<sup>5</sup>.

El Papa también ha identificado el método con claridad: el reclamo a lo esencial. Llegar «hasta las periferias de la existencia», escribe, «exige el compromiso común [...] que remita a lo esencial y que esté bien *centrado en lo esencial, es decir, en Jesucristo*. No es útil dispersarse en muchas cosas secundarias o superfluas, sino concentrarse en la realidad fundamental, que es el encuentro con Cristo, con su misericordia, con su amor, y en amar a los hermanos como Él nos amó»; esto «nos impulsa también a recorrer nuevas vías, con valentía, sin fosilizarnos. Podríamos preguntarnos: ¿cómo es la pastoral de nuestras diócesis y parroquias? ¿Hace visible lo esencial, es decir, a Jesucristo?»<sup>6</sup>.

En la carta posterior a la audiencia os escribía: «Os ruego que acojáis como dirigida a nosotros – especialmente a nosotros, que hemos nacido sólo para esto, como testimonia toda la vida de don Giussani – la pregunta del papa Francisco: cada uno de nosotros, cada comunidad de nuestro movimiento, “¿hace visible lo esencial, es decir, a

---

<sup>4</sup> Francisco, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización*, 14 octubre 2013, 1.

<sup>5</sup> *Ibidem*, 2.

<sup>6</sup> *Ibidem*, 3.

Jesucristo?”»<sup>7</sup>. Ante las circunstancias históricas a través de las cuales el Misterio nos ha desafiado a cada uno de nosotros, ¿hemos hecho visible lo esencial o nos hemos dispersado en muchas cosas secundarias y superfluas?

Con su reclamo a lo esencial, el Santo Padre nos indica dónde mira él para responder al desafío de vivir hoy la fe en nuestro mundo. Mirar a lo esencial es una indicación de método crucial.

Por ello, la cuestión fundamental es qué es para nosotros lo esencial. Lo esencial es aquello que responde a la pregunta sobre cómo se puede vivir. ¿Qué es lo esencial para cada uno de nosotros? Ninguna pregunta es tan pertinente como esta al comienzo de nuestros Ejercicios, justamente por su radicalidad. «Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo»<sup>8</sup>. Esta frase de Jesús nos dice que cada uno de nosotros puede afirmar sólo una cosa como lo más decisivo, así de ineludible es la unidad del “yo” humano. Por eso, ante las provocaciones de la vida, cada uno está obligado a decidir qué es lo que realmente le importa en última instancia. El impacto de las circunstancias no nos deja otra salida. Nos obliga a sacar a la luz qué es lo más querido para nosotros.

¿Dónde podemos sorprender sin engaños qué es para nosotros lo esencial? El método para descubrir esto nos lo ha enseñado siempre don Giussani: sorprendernos en acción, en acción en la experiencia. Porque «los factores constitutivos del hombre se perciben [y nosotros llegamos a ser conscientes de ellos] cuando están comprometidos en la acción; de otro modo no se notan. [...] Cuanto más se compromete uno con la vida, más capta en su experiencia individual los factores característicos de la vida. La vida es una trama de acontecimientos y de encuentros que provocan a la conciencia produciendo en ella problemas de distinto tipo. El problema no es otra cosa que la expresión dinámica de la reacción frente a esos encuentros. La vida, por tanto, es una trama de problemas, un tejido de reacciones debidas a tales provocadores encuentros, lo sean mucho o poco. El significado de la vida – o de las cosas más pertinentes e importantes de ella – es una meta sólo posible para quien se toma en serio la vida y, por tanto, sus acontecimientos y encuentros, para quien está comprometido con la problemática de la vida. Estar comprometidos con la vida no significa tener un compromiso exacerbado con uno u otro de sus aspectos: el compromiso con la vida nunca es parcial. El compromiso con uno u otro aspecto de la vida, si no se vive como algo que deriva del compromiso global con la vida misma, corre el riesgo de convertirse en una parcialidad desequilibrante, en una fijación o una histeria. Recuerdo la frase de Chesterton: “El error es una verdad que se ha vuelto loca”». Por ello, «la condición para poder sorprender en nosotros todos los factores de la vida, para que emerja ante nuestra conciencia lo que somos, es el compromiso con la vida entera, donde debe incluirse todo: amor, [trabajo,] estudio, política, dinero, hasta el alimento y el reposo; sin olvidar nada, ni la amistad, ni la esperanza, ni el perdón, ni la rabia, ni la paciencia. En efecto, en cada gesto hay un paso hacia el propio destino»<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> J. Carrón, *Carta a la Fraternidad de Comunión y Liberación*, 16 octubre 2013.

<sup>8</sup> Mt 6, 24.

<sup>9</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 60-61.

Entonces, ¿qué sucede cuando uno se compromete con todos los factores de la vida, con la vida entera? Que cuanto más vivimos, más evidente se nos presenta cuál es la naturaleza de nuestra necesidad. Y cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más nos damos cuenta de que no las podemos resolver nosotros ni los demás, que son hombres como nosotros, unos pobrecillos como nosotros. «El sentido de impotencia acompaña a toda experiencia seria de humanidad. Es este sentido de impotencia el que engendra la *soledad*. La verdadera soledad no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que un problema nuestro fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás. Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de todo compromiso serio con la propia humanidad»<sup>10</sup>.

Ese sentido de impotencia en que consiste, en última instancia, la soledad que cada uno de nosotros experimenta en su vida, es lo que debe encontrar respuesta, pues sin esto, todo lo demás es distracción.

Estamos solos con nuestra necesidad, y esto se ha puesto de manifiesto en muchas de las preguntas que han surgido en estos meses. Ahora bien, si esta es nuestra situación, ¿qué es lo que nos permite mantenernos en pie? En otras palabras: ¿qué es eso esencial que necesitamos para vivir como hombres, según toda la profundidad de nuestra exigencia? ¿Qué es *para nosotros* lo esencial? No existe otro modo de darse cuenta de qué es lo esencial para nosotros que no sea sorprender en la experiencia de dónde esperamos que venga la respuesta a la necesidad de la vida.

Puede resultar fácil, incluso obvio, por la educación que hemos recibido, responder que para nosotros lo esencial es Cristo, la presencia de Cristo. Pero no podemos arreglárnoslas tan fácilmente. No es suficiente una respuesta mecánica, pues son muchas las ocasiones en las que, al observarnos en acción, debemos rendirnos ante la evidencia de que para nosotros lo esencial se encuentra en otro sitio.

El criterio para descubrirlo nos lo ofrece el Santo Evangelio: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón»<sup>11</sup>. Aquí se abre la distancia entre la intención de que Cristo sea lo esencial de la vida y la sorpresa de que muchas veces no sea así en la experiencia. Entonces se percibe la diferencia entre la intención y la experiencia. Podemos descubrir que, a pesar de nuestra buena intención, lo esencial es otra cosa distinta de Cristo, y que nos hemos inclinado por otra cosa tal vez en nombre de eso esencial que seguimos citando en cualquier caso en nuestros discursos.

Es decisivo caer en la cuenta de esto para no reducir todo rápidamente al problema de nuestros errores o de nuestras fragilidades cotidianas, de nuestras incoherencias morales. Cuando se subraya la distancia entre intención y experiencia, la cuestión no es en primer lugar la coherencia, no es cuántas veces nos equivocamos, sino qué es lo que nos define incluso cuando nos equivocamos. Es decir, la cuestión es el contenido de la autoconciencia, cuál es el punto real de consistencia, qué es lo que de verdad perseguimos y amamos en la acción, qué es para nosotros lo esencial. De hecho, podemos ser incoherentes y estar a la vez muy centrados en lo esencial, como el niño – del que tantas veces nos hablaba don Giussani – que hace todo tipo de trastadas, que

---

<sup>10</sup> L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 61.

<sup>11</sup> Mt 6, 21.

saca a su madre de quicio mil veces al día, pero que tiene a su madre en el centro de su mirada. «¡Ay si le apartaran de ella, gritaría, se desesperaría!».

La diferencia entre intención y experiencia no tiene nada que ver con la distancia entre teoría y aplicación, sino que indica que el contenido de la conciencia y del afecto es, de hecho, otro, más allá de la coherencia-incoherencia ética. Es como decir que, sin darnos cuenta, nos hemos desplazado, hemos orientado la mirada hacia otra parte, nos hemos centrado en otra cosa (no hemos negado lo esencial, pero se ha convertido en un a priori, en un postulado que llevamos a la espalda, que no define quiénes somos, nuestra identidad personal y nuestro rostro en el mundo hoy).

Nuestra historia nos lo ha mostrado de forma particularmente evidente en algunos momentos, como veremos mañana. Por ahora es suficiente con recordar lo que nos decía don Giussani, tal como lo retomamos en la Jornada de apertura de curso: «El proyecto había sustituido a la presencia»<sup>12</sup>, sin que nos diéramos cuenta siquiera.

¿Qué es lo que nos permite mirarlo todo sin miedo, incluso los errores, incluso la falta de autoconciencia? ¿Qué es lo que nos permite ser libres de la tentación de justificarlos (como los publicanos, que iban a Jesús porque sólo con él podían ser ellos mismos sin tener que negar nada de lo que eran. Y por eso le buscaban, por eso necesitaban estar con él, para poder ser por fin ellos mismos)? La certeza de Su alianza, la certeza de que Él aprovechará incluso nuestras equivocaciones para hacernos descubrir Su diferencia, para hacernos descubrir quién es Él. «Así dice el Señor: “En tiempo de gracia te he respondido, en día propicio te he auxiliado; te he defendido y constituido alianza del pueblo, para restaurar el país, para repartir heredades desoladas, para decir a los cautivos: ‘Salid’, a los que están en tinieblas: ‘Venid a la luz’. Aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol; porque los conduce el compasivo y los guía a manantiales de agua. Convertiré mis montes en caminos, y mis senderos se nivelarán. Miradlos venir de lejos; miradlos, del Norte y del Poniente, y los otros de la tierra de Sinim”. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados»<sup>13</sup>.

A pesar de esta preferencia, desafiamos al Señor con nuestros comentarios: «Sión decía: “Me ha abandonado el Señor, el Señor me ha olvidado”»<sup>14</sup>. ¡Cuántas veces lo pensamos! Ante esta provocación podría reaccionar como nosotros, con la acostumbrada reactividad, enfadándose. Pero Él nos sorprende siempre con una presencia completamente original, irreductible. En lugar de dejarse determinar por nuestros comentarios, por lo que decimos o pensamos de Él, aprovecha la ocasión para mostrar una vez más Su diferencia, desafiando nuestra razón de forma impresionante: «¿Puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré»<sup>15</sup>.

¿Qué sería de nuestra vida si no pudiésemos escuchar una vez más estas palabras? Así es Su fidelidad, nos permite mirarlo todo, permite que Su presencia entre

---

<sup>12</sup> L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, op. cit., p. 67.

<sup>13</sup> Is 49, 8-13.

<sup>14</sup> Is 49, 14.

<sup>15</sup> Is 49, 15.

en nuestra vida, la única presencia que puede reducir cada vez más la distancia entre intención y experiencia, porque hace posible una experiencia de unidad de vida como la que experimentaban los publicanos cuando se encontraban con Jesús. Por eso volvían a Él, como volvemos nosotros, esperando escuchar «esa palabra que [...] me liberó», «por la esperanza que él [...] había suscitado en mí»<sup>16</sup>.

Esta es la unidad de vida que todos deseamos: «El adulto es aquel que ha alcanzado una unidad de vida, una conciencia de su destino, de su significado, una energía para adherirse»<sup>17</sup>. Es lo que todos deseamos: esta unidad de la vida. Sólo de este modo podremos ser verdaderamente nosotros mismos y ser una presencia útil para nosotros y para los demás. Como nos recordaba don Giussani en un momento determinado de nuestra historia – en 1977 –, «en estos años pasados, ciertamente hemos sido víctimas de la presunción de considerar el movimiento como la panacea de la Iglesia y de Italia. Pero [...] si el movimiento no es la experiencia de la fe como el factor que conduce a la solución, que ilumina mis problemas, ni siquiera podremos proponerla a los demás»<sup>18</sup>. Por eso deseaba que la fe se convirtiese en experiencia, y nos enseñó que el camino para alcanzarla no es otro que la personalización de la fe. «“Ha llegado el momento de la personalización [...] del acontecimiento nuevo que ha nacido en el mundo, del factor de protagonismo nuevo en la historia que es Cristo, en comunión con aquellos que el Padre le ha dado”. Giussani subraya que se trata de un problema de experiencia. “Lo primero en lo que tenemos que ayudarnos es en confirmar que el principio de todo es la experiencia. [...] El concepto de experiencia consiste en probar juzgando”»<sup>19</sup>.

Por eso, si la fe no se convierte en experiencia personal no existe la misión, y terminamos convirtiéndonos en jueces presuntuosos de todo. Porque la propuesta pasa a través de mi humanidad cambiada, y «el ímpetu de la misión es una gratitud, pues en caso contrario es presunción»<sup>20</sup>. Esto es lo que nos permite comprender que hoy la única posición adecuada es el testimonio, como nos reclama el Papa. La razón nos la recuerda de nuevo don Giussani: «En una sociedad como esta no se puede crear algo nuevo si no es con la vida: no hay estructura ni organización o iniciativa que se sostengan. Solamente una vida nueva y diferente puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, todo. Y la vida es mía, irreductiblemente mía»<sup>21</sup>. ¡Es una frase preciosa!

Por eso se necesita la vida, no basta con la dialéctica. Hay quien piensa que el testimonio es una elección intimista, de personas que se retiran, una justificación para la falta de compromiso. Nada más equivocado. El testimonio es en realidad la elección más exigente, porque requiere un compromiso más totalizante que cualquier otra opción. Lo exige todo de nosotros, no sólo algún retal de tiempo que decidimos dedicar

---

<sup>16</sup> Cf. C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio» y «Monologo di Giuda», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, 2007, pp. 321 y 345.

<sup>17</sup> FCL, AMCL, fasc. CL/81, «Consejo 18/19 junio 1977».

<sup>18</sup> FCL, AMCL, fasc. CL/85, «Centro 17.11.77. Síntesis».

<sup>19</sup> A. Savorana, *Vita di don Giussani*, Rizzoli, Milano 2013, p. 762.

<sup>20</sup> FCL, AMCL, fasc. CL/85, «Centro 17.11.77. Síntesis».

<sup>21</sup> «Movimento, “regola” di libertà», a cargo de O. Grassi, *Litterae Communionis CL*, noviembre 1978, p. 44.

a algún proyecto. El testimonio es para gente que quiere vivir a la altura de su propia humanidad. Requiere estar presentes con toda nuestra persona, saliendo al encuentro del otro y llevándole una novedad vivida de modo tan radical que pueda despertarse su humanidad. De hombre a hombre. «Dios salva al hombre mediante el hombre»<sup>22</sup>, hemos leído en el capítulo nueve de la Escuela de comunidad. Se necesita toda mi humanidad. Se necesita todo el dolor de nuestra amiga Natascia frente a su hijo para que nazca una nueva unidad de patología neonatal, no basta con una conferencia pro-vida. El testimonio no es echarse a un lado o retirarse de la batalla, sino que exige el compromiso de toda mi humanidad; energía, afecto, inteligencia, tiempo, unidad de vida... ¡Nada más lejos del espiritualismo! ¡Nada parecido a delegar en algún experto que nos solucione la vida!

Por tanto, insistir en la personalización de la fe es como insistir en el punto del que puede brotar esa diferencia que nos hace ser una presencia, que nos hace capaces de un testimonio original en la sociedad. ¿Quién no percibe la necesidad de que se dé algo así? Sólo podremos vivir la responsabilidad a la que nos ha llamado el Papa si no damos por descontado al sujeto (es decir, que ya somos testigos por el mero hecho de decirlo), si aceptamos el camino que hará de nosotros testigos según el designio de Dios. El movimiento nos ayuda a esto – dice Giussani –, es decir, te ayuda a ser tú mismo.

«El camino a la verdad es una experiencia». Siempre ha sido así. Escribe Ratzinger sobre Newman: «En el concepto de desarrollo está en juego la misma vida personal de Newman. Creo que esto resulta evidente en su conocida afirmación, contenida en el famoso ensayo *El desarrollo de la doctrina cristiana*: “Aquí en la tierra vivir es cambiar, y la perfección es el resultado de muchas transformaciones”. A lo largo de toda su vida, Newman fue una persona que se convirtió, alguien que se transformó, y de este modo siguió siendo siempre él mismo, llegó a ser cada vez más él mismo. Me viene a la mente la figura de san Agustín, tan afín a la persona de Newman. Cuando se convirtió en el jardín junto a Cassiciaco, Agustín había comprendido la conversión todavía según el esquema del venerado maestro Plotino y de los filósofos neoplatónicos. Pensaba que la pasada vida de pecado estaba ahora definitivamente superada; el converso sería de ahora en adelante una persona completamente nueva y distinta, y su camino sucesivo consistiría en una continua subida hacia las alturas cada vez más puras de la cercanía de Dios, algo como lo que describía Gregorio de Nisa en *De vita Moysis*: “Igual que los cuerpos, que en cuanto han recibido el primer impulso hacia lo bajo, incluso sin empujes ulteriores, se hunden por sí mismos..., de igual modo, pero en sentido contrario, el alma que se ha librado de las pasiones terrenas, se eleva constantemente por encima de sí misma con un veloz movimiento ascensional... en un vuelo que apunta siempre hacia lo alto”. Pero la experiencia real de Agustín era otra: tuvo que aprender que ser cristiano significa ante todo recorrer un camino cada vez más fatigoso con todos sus altibajos. La imagen de la ascensión fue sustituida por la del *iter*, un camino, de cuyas fatigosas asperezas nos consuelan y sostienen los momentos de luz, que de tanto en tanto podemos recibir. La conversión es un camino que dura toda la

---

<sup>22</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 128.

vida. Por eso la fe es siempre *desarrollo*, y por ello maduración del alma hacia la Verdad, que “es más íntima a nosotros que nosotros mismos”<sup>23</sup>.

Esta maduración se produce a través de todas las circunstancias de la vida: «El mundo, con todos sus terremotos, es para todos instrumento de reclamo de Dios a la autenticidad y a la verdad de la vida, pero lo es en particular para el cristiano, que es como el centinela en el campo del mundo». A veces estos terremotos nos desconciertan. Es normal, como nos recuerda don Giussani: «En el fondo, como ley, no podemos evitar esta confusión. “El mundo reirá, y vosotros lloraréis”»<sup>24</sup>.

Todo lo que hemos dicho nos hace más conscientes de nuestra necesidad. Esta conciencia es decisiva para vivir un gesto como el que acabamos de comenzar. Porque los Ejercicios de la Fraternidad son precisamente un gesto. Por ello, además de las lecciones y de la asamblea, son también silencio, canto, oración, sobre todo petición. Participando en un gesto como este, podemos reducirlo: ¡cada uno elige, según su propio criterio, en qué participar o qué cosas seguir de todo el pack! Como si fuésemos al médico y luego decidiésemos qué medicinas tomar de las que nos ha mandado. Por eso, cuanto más conscientes seamos de nuestra necesidad, tanto más todo lo que vivamos estos días, todo el sacrificio que hagamos, se convertirá en grito, un grito para que el Señor tenga piedad de nosotros. ¡Pidámoslo!

---

<sup>23</sup> J. Ratzinger, *Discurso con ocasión del centenario de la muerte del cardenal John Henry Newman*, Roma, 28 abril 1990.

<sup>24</sup> L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», *Huellas-Litterae Communionis*, marzo 2008, p. 45.